

Oliverio Macías Álvarez

Un

MUNDO
EXTRAÑO

COCÓDRILOS

Un mundo extraño representa el viaje al interior de uno mismo en todas sus facetas; periplo oscilante entre lo exterior y lo secreto, entre la lejanía y la inmediatez. Aquí, la vida y la muerte se observan y confrontan, mientras el sueño y la vigilia crean una fina alianza que es al mismo tiempo hogar y trampa para el visitante de estas líneas. La prosa poética de Oliverio Macías Álvarez asimila lo concerniente al espíritu —lo inmaterial, el sentir, el pensar—, para digerirlo y arrojarlo después en forma de un discurso transformador, que nos arrastra a ese mundo tan extraño como fascinante.

Un mundo extraño

The logo for COCODRILOS features the brand name in a serif font. A decorative flourish, resembling a stylized arch or a wave, is positioned above the letter 'O'. The 'O' itself is a solid black circle.

COCODRILOS

Oliverio Macías Álvarez

Un mundo extraño

UNIVERSIDAD DE
GUANAJUATO



Un mundo extraño

Primera edición digital, 2020

Primera edición, 2017

D. R. © Universidad de Guanajuato
Lascuráin de Retana núm. 5, Centro
Guanajuato, Gto., México
C. P. 36000

Producción:
Editorial de la Universidad de Guanajuato
Mesón de San Antonio
Alonso núm. 12, Centro
Guanajuato, Gto.
C. P. 36000
editorial@ugto.mx

Formación y diseño de portada: Jaime Romero Baltazar
Corrección: Edgar Magaña Guzmán
De la versión digital: Jaime Romero Baltazar

Todos los derechos reservados. Queda prohibida
la reproducción o transmisión parcial o total de esta obra
bajo cualquiera de sus formas, electrónica o mecánica,
sin el consentimiento previo y por escrito
de los titulares del *copyright*.

ISBN: 978-607-441-800-2

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Índice

Todavía dentro de la estridente nebulosa

I	13
II	15
III	17
IV	21
V	23
VI	25
VII	27
VIII	29
IX	31
X	33
XI	35
Gira el volante del que se ausenta	37
XII	41

Quis o destino —ainda creio que é essa vaga e inacessível entidade o que conduz as nossas pobres vidas— que encontrasse Oliverio à esquina de uma noite nos bairros altos da solidão. Mas não podia imaginar, então, que muito secretamente, no fundo da sua alma nobre e mexicana, se escondiam páginas de uma comovida e delicada beleza que de vez em quando me faz reconciliar com a literatura. Traduzi essa inesperada dádiva que veio de tão longe para tão perto do pensamento e do coração, com todo o meu amor pelo
Homem e pela Palavra.

Que ese homem e essa palavra continuem a caminhar generosamente pelo mundo, escrevendo-se.

José Agostinho Baptista

Lo mejor es voltearme para el lado izquierdo y así, dislocando todo el peso de la sangre sobre la mitad más gastada de mi cuerpo, aplastar el corazón.

Carlos de Oliveira, *Sobre el lado izquierdo*

Para Pauly Ellen Bothe

TODAVÍA DENTRO DE LA ESTRIDENTE NEBULOSA

I

En el cielo un ave distraída. La frágil semilla de la ignorancia, le otorgó la soberbia al árbol donde fue preñada la primera mujer que abrazó tu delicado origen, y de ella naciste viejo, con el monólogo que discute interminablemente sobre tu árido mirar.

Ven a escuchar el rumor del río antes de comenzar tu oración. Alguna vez lo hiciste, y fue la noche en que te divorciaste de la luz y de la oscuridad, y el sol era la pupila indestructible de los que habitaban en círculos perfectos, el aroma de la penumbra. Entonces eras tu propia esperanza, repleto de un dolor dulce sobre tus palabras como un pasaje de niebla delante de la intranquilidad de las naves. Tu serenidad avanzaba como un cordón frágil al cual atabas tu destino y la incertidumbre que te provocaba el sonido del agua al tocar el margen de la tierra.

Todos han muerto, pensaste, y el llanto surgía de espaldas a la vida en el tiempo en que todavía no se inventaban las ciudades. Sobre el río donde creció la espiga, viste aquella barca que nunca llegó a puerto y de la cual se oía la caída de la tierra. ¿No eras tú aquel que deseaba descubrir el nombre del pez sobre la arena, la sinceridad de la roca? Todavía dentro de la estridente nebulosa, el hombre es la causa del hombre. Aproxímate al margen del río, y podrás tocar el desconocimiento de tu rostro.

II

La vida surgió y tenía que ver con la bestia de largas alas y con la respiración de los peces entre el sexo de las mujeres, entonces, hay una parte donde todo es silencio, y nacen las tortugas y el mundo vuelve a adquirir una respiración pausada de ave que emigra atrás del cuerpo que se deja caer sobre la hierba, y en su movimiento hay otra vez las mismas cosas y los mismos síntomas de solsticios que crecen lentamente sobre tu abrigo. Llueve, tu dolor está de rodillas y llueve. Se divide la naturaleza de tu nombre en el centro de tu cabeza, el murmullo de la ciudad que se inventa te es ajeno. Bebe otra vez de esa concha que apaga la memoria de las manos, bebe, encontrarás la estatura del silencio, vaivén de los cuatro vientos, contenidos de gestos despeñados. La gula del verbo es tu pecado y tu palabra está sobre la sentencia de los heraldos que lamen la virginidad de tu cuerpo.

A pesar de todo, siempre sentirás la falta de aquella mujer cuyas ropas se constituyen por el atrevimiento de su cabello suelto. Debajo de la última madeja, encontrarás un día la señal de tu sangre. Dentro de su cabello, el sonido de los caracoles aún está lejos y es atrevido. En la concha

de sus manos puedes beber de su historia y aguardar la llegada del primer eclipse, porque sabes que en la morada de tu entendimiento se dibujará ese corazón negro, que es devorado una y otra vez al declinar el día. Cuando llegue la sombra, conocerás la fragilidad de sus cabellos y recibirás un beso en los labios que te traerá el aroma del diluvio y del desamparo. En la fuga de la noche, cuando pienses que todas tus cuentas están saldadas, despertarás hacia un mundo extraño.

III

Ahora que estás aquí, todo huele a misericordia, la lluvia que no reconocías es ese paso breve que va de la tierra que pisas a tu pensamiento más remoto. Tu honestidad está cubierta de agua. Dime, ¿podrás tú ser el hombre? ¿Tendrás el coraje de ir con una puta y solamente protegerla? ¿Tendrás el coraje de reír y ser el asesino? Apenas se oye la caída de la lluvia, lejos del desierto, te esperan las ciudades, siempre lejos del desierto.

Un corazón es insuficiente si no fuera negro, si no palpitará en el reverso del sonido, y no se puede pensar en perseguir un corazón negro apenas para descansar, se va siempre con desaliento, como si se huyera del mecanismo de una pupila. A las palpitaciones del reverso del sonido se asiste como si se procurara conocer el desierto, porque inmensa vegetación o inmensa tierra sin fruto es lo mismo, porque en esa superficie los dictámenes de lo incorregible son cóncavos, porque finalmente llega un momento en que todo se entiende de la misma manera y recorrer el mundo entero o quedarse en casa trae las mismas certezas.

Entonces, solo entonces, podemos pedir que vengan los hombres que hablan de lugares desconocidos, sin que

nunca se hayan movido de la puerta de su casa, y que sean padres y cumplan con sus deberes y que tengan que matar o huir cuando sea necesario y que envejecan con los ojos amarillos porque ese es el color de los que andan con un equívoco intermitente y son reconocidos por el olor de su saliva o por los que saben que la belleza es algo que pudre la exhalación primera, y eso es triste y es correcto.

Los hombres continuarán sentados sobre corazones negros a descubrir miradas amarillas. Quedarse en un mismo sitio es descubrir la curvatura de los días, solo que para hacer eso es necesario adelantarse al crujir del caracol y tener una insipidez que crezca en el musgo de los armarios, para no avergonzarnos cuando seamos sorprendidos hablando solos. Sitiado rodeado de tanto mar y tanta tierra que la respiración se vuelve insoportable, sitiado en el saludo constante y esperado y en los suaves quebrantos levantados por las hojas. Lleno de suficiente epidermis para que los seres pasados atraviesen los objetos de nuestra extraña actividad, porque las visitas del tiempo se desconocen cuando se roza el verdadero sentido y se levanta el sueño del lado de la ventana como un carrusel donde van desfilando uno por uno todos los vivos que llegamos a conocer antes de que hayan muerto y la muerte es así, personas en un carrusel que extienden la mano como cuando somos niños e intentamos romper la seguridad de alguna cosa. Que las ciudades sean suicidas, que muerdan la infancia con un tenue vaticinio, que se presente con la cadencia de vestiduras

dominicales, que todo se encuentre sobre el péndulo de los números, que la vida sea terrible y concentrada en tres movimientos armoniosos,

Que se abra...
un mundo extraño.

Despierta.

Despierta...

Soñaste el mar que se perdió en la infancia, la caída del sol en un misterioso jardín que desde entonces creció siempre como una promesa de algo que no se puede detener, despierta, y delante de tu morada arregla los cabellos de la mujer que amas, en la parte trasera de la casa, los insectos de caparazón celeste, verde, rojo y dorado duermen apacibles por el olor del estiércol. Con la mano derecha sembraste un campo de anís y con la izquierda ahogaste los lirios en la comisura de su imagen, creció dentro de los árboles el lamento de las aves que emigran cuando la primera cosecha fue levantada y robada y posteriormente, cubierta su presencia con sal, para que ningún fruto pueda nacer de ella, aún existe un olor antiguo que te inquieta sobre la podredumbre de los frutos, dentro de la sangre que te expulsa hasta la tranquilidad y te lleva a continuar tu camino. Continuar es devorarse a sí mismo y descubrir la sinceridad de las rocas.

Solamente te fue permitido poseer un sueño con la sonrisa de la niebla, la encrucijada barata de las historias

que mucho antes de ti ya fueron aprendidas y producen la cristalización de tus debilidades. Fuera de eso sabes el nombre de todos los pecados y el tuyo fue intentar huir del valle mítico del llanto.

Escucha, envía tu nombre con un vuelo triste, retoma el camino del desierto, espera nuevamente sobre la tierra que fue cubierta de sal. Los cuervos vigilan el silencio y en alguna parte el agua es dulce y guarda el sonido de la infancia. Conocerás otra noche más certera donde se adivina el rozar pausado del destino y la belleza se vuelve quebrantable.

Hay un lago perdido en las palabras de los hombres, un lago repleto de sargazos que amordaza la esperanza de las palomas y, aun así, es capaz de sustentar el mundo porque todos alimentan la fortuna que se guarda en la estructura del caparazón. Aproxímate a la ventana donde se encuentra la pausa, atrás de ella, te será permitido ver por única vez al hombre que se embriaga debajo del cerezo mientras cuenta los cabellos virginales, aproxímate a la ventana, tu sueño es un ensayo de todo lo que tienes que vivir antes de haber nacido, la vida solamente te llevará a la búsqueda de tu quimérica visión. Espera, todavía no se inventan las ciudades.

IV

Una vez tuviste un sueño. Era cuando se deshacían las tardes sobre el dorso de los naufragios, todo estaba ahí por alguna razón que no comprendías, bastaba desear las cosas para que existieran, la exaltación de la tierra en la amplitud de tu brazo y la voluntad de los seres vivos en la rasgadura de tu boca. Tú que comenzaste a procurar el encuentro por capricho, existías precisamente cuando dolía el respiro, después descendías al amplio valle acompañado por dos animales. Tu boca no era tu boca, aun así hablaba; tus ojos ya no eran tus ojos, aun así miraban. Entonces te envistieron con un gran manto y pudiste ver claramente el día de tu muerte y ese día tus manos eran tuyas y tuviste el coraje de gritar que te cortaran la cabeza. En el margen de ese gran río te vas a separar.

El hombre es un ataúd de cadáveres con una excesiva devoción por sus errores.

Después vino la historia de la niebla que salía de la fotografía y la fotografía estaba en una casa con un cuarto que daba para el río y tú sabías que era una ciudad para suicidarse, y no ibas a decir la manera en que fue contado, sino la manera exacta en que aconteció. Antes del sueño ya

sabías del sueño, fue antes de llegar a ti, el día mostraba el color de las hojas sobre los árboles y fue tal vez en ese día de otoño en que se anticipaba la decadencia de las cosas y las fuiste nombrando una por una hasta el día en que te fue retirado el manto y percibiste que todavía nada comenzaba y tu andar era el fértil aroma que se encuentra arrodillado delante de tus ojos que fueron vestidos para el fuego. Y tal vez precipitaste todo, pues aún ahora, el sueño te despierta y el mundo es frágil y seguro como el aroma de la naranja.

V

Ah, si yo pudiera decir, regresa a casa en el mes en el que vamos a abrir la tierra, para sembrar el movimiento que tanto amabas, para apagar nuestros cuerpos, o preguntar por los motivos de la decapitación: pescadores en altamar, mujer en la ventana, batalla en el campo invernal, la casa de la muerte, los bañistas, rostros desconocidos, el beso, la palabra blanca.

Hablabas tanto durante esos días, rebaños pastando sobre las orillas del mundo, hombres comiéndose unos a otros sobre la complicidad del centro del océano, ángeles que conocían tu nombre, tierras que aún nos eran desconocidas, y hablabas de cenizas, de flores históricas, posadas en los ojos de los muertos.

Tus amigos estaban en el suelo y en el aire. ¿De dónde llegaste con esas palabras? En el lugar donde quedaste no volvió a crecer nada a fin de cuentas, dentro de esta iracunda periferia se elaboraron sentencias para los desequilibrios que llegaban de ultramar sin demasiado llanto y con escasas oraciones. Yo desconocía las oraciones de espacios moribundos, tu fuga por el camino tierno del remordimiento y, durante el tiempo que estuviste fuera, murió el señor que

nos consolaba y cayó ese puente que era viejísimo porque súbitamente desapareció el hombre que vivía de nuestras bocas. Hasta que un día lo volvieron a encontrar en la plaza, solo y sobrio en su descenso, murmurando a las hormigas: yo soy *Cyrtopodium reginae*. Pero en verdad que todavía me horrorizo cuando te pronuncio y no se oye nada y únicamente aparece ese barco que transportaba los testamentos de las estaciones y que nunca llegó a ningún puerto porque lo devoró esa figura retorcida, nacida de las lágrimas de aquel frío vestigio, transportador de muertos que conservaban la audacia de la sonrisa, entonces me decías que la humildad era la más preciosa de las cosas y que por humildad debería aprender el nombre de todos los insectos. Y murió la flor delante de la fuente.

VI

Para llegar hasta aquí fue necesario haber oído aquella voz que crecía detrás de la huerta y después despertar aterrado con la navaja que cortaba el viento de todas las aves migratorias. Ese fue el día en el que colgaron sobre el esternón la paciencia del geranio y el retrovisor de los gladiolos, como si aguardáramos el toque de las campanas para beber en la concavidad de la clavícula de los otros el sabor de la culpa que nos ata.

La ciudad era ciega, como cuando se rasga el nido de la golondrina por el mismo sitio en que la piel nos abandona, pero el hueso era fuerte y se anticipaba a la tiniebla de las palabras.

Aún no era tiempo de formar el equinoccio de las tempestades, decía puente y aparecía una gigante dando a luz a un niño monstruoso, que sería el consejero de un rey; decía agua y aparecía el aniquilamiento de la pureza sin habla; decía historia y quería sentir otra vez correr el agua a través de la entusiasta crueldad de mi infancia, decía tierra y todo era pecado.

Escucho mi voz, pero no es mi voz. Entonces miro los astilleros, que no son vocablo, ni historia, ni pecado, y

comienza la pausa... animales mitológicos en mi ventana, hombres ciegos que conocen el tamaño de mi odio y la escasez de mi venganza. Yo ya no sé si todo esto existe o si a todo lo que existe miento.

VII

Mientras dormías, creció aquel árbol donde sembraste el invierno y la niebla se extendió a los rostros que olvidabas, por la calle pasó una carroza, precisamente cuando contabas los cuerpos mutilados de las manzanas que servirían de alimento a los puercos. En tus ojos, la angustia del hombre amontonaba monedas para pagar el transporte de las bendiciones. Detrás de la casa, el caballo se inquietaba y se levantaba sobre sus patas para imitar la carcajada. El día llegaba con el olor amordazado de la muerte después de haber sido limpiado el rastro. Todos los animales que desconoces tienen la sangre nerviosa y con sus huesos se construyó alguna vez el instrumento con el que se interpretó la música de tus soledades, fue la vez en que se levantó la voz sobre las bocas que alimentaban los lirios de una virginidad ahogada y cuyo movimiento era la expresión de la luna tardía. Ahora la luna está atrasada y nunca alcanzará a la noche, porque desconoce la naturaleza de la grieta que nace en la explosión de tu tacto. Ahora, que aún no te golpea la tierra, ahora que todo se balancea como una sustancia submarina, sería prudente que besaras la amargura antes de que tu confianza habite la voz de los hombres.

Pensabas que el día era el recuerdo que pulsa como cosa antigua entre las costillas y decías en voz alta el nombre de aquel barco donde aprendiste el ritmo de la muerte. Sabes que en algún lugar detrás de la ventana, cuentan aquella extraña historia del muñeco de paja, de la doncella, del amante.

Escucha, el mar viste la inquietud de la tierra.

Donde nacen los insectos comenzó tu historia, que es tierna y vieja como las despedidas y aún desconoces su música, aunque distingas a la distancia el movimiento de los campos, la caída del fruto, el agua de la noria, donde tenías tantas cosas por decir, ¿cómo iba esa vieja historia del muñeco de paja, de la doncella, del amante? Había algunos que quedaban horrorizados, ¿cómo es posible que sintieras la inquietud del homicidio?

VIII

Bebiste tanto, ya no eres tus palabras, ni la escritura, ni la distancia existente entre ambos. Afuera el sol, la tarde en calma. Adentro tu cabeza sobre la pausa, el pozo, la sangre desconocida, la bofetada del agua. Un estornino pasa por el hueco de la tierra, siembra de hojas la pena que cae sobre tus ropas y la música del pueblo se escucha como si fuera domingo, pero es el domingo de otro día y un caballo brinca delante de ti, exactamente donde más tarde llega la luna y observas tus manos blancas porque te habías olvidado de ellas.

Este es el lugar donde comienza el guiño de ojos de la rosa, tus dedos se prenden de las raíces y preparas ofrendas para la llegada del infortunio. Esta es la corrida incomprendida, el manantial, la carencia solemne, el sabor oscuro de la tierra, el sitio donde se espera la lluvia y donde nadie te espera encontrar ni buscar, alejado hasta de ti mismo, esta es la fuga lenta del rocío que sin tener voluntad de retenerte, te aprisiona. Un mundo extraño se expande delante de tus ojos, y en el pozo reconoces una a una las corrientes que traen todas tus batallas parapléjicas. La luz se extingue suavemente y no llegarás a casa, estarán a tu espera con los dedos consternados y la mirada en dirección del desespero y

de la frase del afligido. Este es el valle, no hay otro más allá de las colinas y a pesar de todo sientes la melancolía de la muerte. Debajo del árbol quedó tu primer y único recuerdo, el campo es desmembrado suavemente con una lluvia demorada y en tu apaciguado llanto descansa el último de los bienes que te faltaba recuperar, este es el aire, abierto y dilacerado, la dorada esquirra ofrecida por el soplo del olvido, pero a pesar de todo lo reconoces y es demasiado tarde para ponerte sobre aviso ¿pero no es eso lo que siempre se procura? ¿Acaso no ambicionabas la certeza? Regresa la lluvia atrás de tus ojos, la primera lluvia. Fuiste engendrado. Esta es la canción del pozo y nadie puede decir lo contrario, esta es tu palabra.

IX

Pero la brisa venía del oeste y era repetitiva y mansa como los cuidados que protegen a aquel que se siente perdido, el sonido de las hojas atenuaba esa presencia del miedo que te fue otorgado para que, cansado un día pudieras venir a correr dentro de la arteria del ansia y caer sobre el hombre que huye, sobre la presa, sobre el sembradío, sobre la lucha, sobre la oración. Quieres hablar, hablar un día de estos en que no haya nacimientos ni muertes. Hablar: yo también quiero que me corten la cabeza, como a ese remedo antiguo de hombre.

X

Si en ese día yo hubiera medido 3 metros y 28 centímetros y hubiera llegado con mi cabeza en una bandeja, no esa cabeza que ya imaginaste cuando no estoy, cuando aún no llego, cuando aún no soy yo, pero sí esa cabeza que es otra cabeza en la cual no te encuentras, ni descubres señales, ni un cuerpo ni una voz que te hable. ¡Hey! Cae el fruto del árbol, la lágrima del abandono. Es el mundo, es el sueño, es tu nacimiento, es el día en que cae tu cabeza. Deberías de estar contento porque todavía conservas tu sonrisa. ¡Hey! Es el sonido, el reconocimiento de las voces que te habitan, el rumor del río. Ah, si yo hubiera sido esa cabeza y la furia de la espada y el camino desesperado que se sigue para detener las lágrimas crispadas entre los brazos y un árbol, un enorme árbol desmayado dentro del pecho. Corre, corre, corre, corre. Si lo hicieras de prisa tal vez podrías llegar a ver el día de tu muerte. 3 metros y 28 centímetros con la cabeza bordada en el pasado y la música sumergida. Corre, corre, corre, hasta que consigas dar con tus espaldas, hasta que consigas dar contigo mismo y te percales de que corres detrás de ti, corre hasta ultrapasar 365 días y veas el mundo como un sombrero al que un elefante comió y que fue comido por una serpiente.

XI

El día en que supiste que tenías que matar preferiste el suicidio y tu sacrificio fue inútil.

Dime ahora, que estás muerto, cuál es la canción que te va traer casa. Madura la ortiga detrás de la iglesia, donde el día se vendió a un mejor recuerdo y la luz llega abatida sobre un llanto apagado. ¿Pero no es tu voz la única voz a quien obedeces? Entonces, ¿donde es que existe el eco sosegado de tu canción? Todavía corre el agua a lo lejos sobre la consternación de tu ignorancia y tu voluntad tiembla como aquellos que fueron obligados a perder la sangre. Pero tú solo tienes un recuerdo, el día que se abre por la ventana cuando el beso negro recorre la cama recién abandonada. Corre detrás de ese día para que te sea dado el don de contemplar la hora de tu propia muerte. ¿Qué se ha hecho con las pequeñas dádivas que habías guardado? La cinta blanca con que trazabas el suave movimiento de los nacimientos, la cajetilla de fósforos donde se guarda la visión de los hombres.

Tú mi hermano oscuro aposentado e indolente en mi oscura voz, volverás a nacer, aunque sepas que jamás hubo regreso alguno de la bruma. El sonido de tu canción

pertenece a la fiesta de los desesperados. Hay una paloma muerta en tu visión, un camino de guijarros, presencias de luto que cubrirán el rostro de tu esperanza, y este mundo extraño se te cae a pedazos y cantas balanceándote en la frescura de las palabras que aprendiste en el origen de la cruz. ¿Dónde va a parar tu diálogo y el fuerte movimiento de tus consternaciones?, ¿por qué estás poseído de estrellas una y otra vez hasta que una brisa lenta te muestre la ruta de tu abdicación? Ahora, que comienza a diseñarse tu ciudad te entregan la espiga en tus propias calles y las flores de tu infancia se dispersan delante del asombro de tu olfato, dentro de esta inmensa pregunta: ¿cuál es la señal de tu morada?, ¿dónde se erige el gesto poderoso que al morir derrama sus palabras sobre la inquietud de tus pasos?, ¿cuál es la ventana cuya pausa expresa el conocimiento de tu infancia? En la senda de tu fotografía, una carreta arrastra tus sobresaltos, y sus ruedas son plateadas, y finas navajas cortan la voluntad de las deshoras. En algún lado nace el mar, las voces que están dentro de tu cabeza fueron a conocer el sonido de la noche.

GIRA EL VOLANTE DEL QUE SE AUSENTE

Solo la muerte cubre el eclipse con sus cabellos y alimenta a sus hijos con las presencias de una ventana cerrada. Abre los ojos, la esfera tiene un trazo perfecto, es equidistante con el soplo del volcán y con la marea de la música. ¿Qué cosas viste que te incomodan?, ¿qué viste si tú eres el del rostro desfigurado?, ¿la lanza de la muerte no reanimó el recuerdo sobre tu costado? Comienza el movimiento con el discurso de las estatuas y los nuevos profetas se ríen de sus palabras, escriben mucho lo que ya escribieron demasiado y se gritan entre sí sin alcanzar el tráfico immaculado que guardan el testimonio de los mercados, donde su mundo miserable mama, come, roba y regatea y fornicia en las promiscuidades de su bolso. Sus manos garabatean en el aire la inteligencia de las arañas mientras te piden una moneda, a ti, que tanto miedo tienes del dinero y del corazón calidoscópico de los transeúntes que hablan de sus actos como flores maquilladas y dejan escaleras inconclusas para descender a la nada, semilla del futuro fingimiento.

Deberías de ir al mercado y comprar unas plañideras y un traje oscuro para retrasar el invierno. Deberías de

renunciar a las debilidades siniestras de tu rostro, pero tu carne habita lo imposible y tu rabia huele mal, como aquel fruto que nunca conseguirá matar el hambre. Antes de que vivas tres veces este sueño, renunciarás al homicidio que te espera al doblar la esquina, curvado sobre el parque de los héroes, donde el miedo huele a orina y todavía se mantiene el diálogo en lenguas que desconoces. ¿Qué vas hacer de tu vida? Tira de una vez por toda tu paralela, es el camino bifurcado, el desencuentro, lo que se pronuncia constantemente cuando el miedo llega. ¿Cómo es que quieres llegar al cielo si la situación climática te lo impide? Y tu cuerpo está a 42 kilómetros y 195 metros dentro de ti mismo, eso por lo menos te salva. ¿Qué viste en esos ojos que se alejaban dentro de tus ojos? ¿La sonda incidió sobre esa visión de tu tranquilidad? Todavía puedes absorber el hábito de lo desaparecido, todavía puedes hacer de una palabra una ciudad, de una ciudad un cerco, de un cerco un mandamiento, de un mandamiento el terror, del terror una montaña, de una montaña una cruz, de una cruz la música estridente de una nebulosa. ¿Y el eco? ¿Cómo es el eco? Tú que naciste en uno de esos días que están destruidos en el tiempo, tal vez a estas alturas puedas escuchar la música...

Trompetas de esa antigua cabalgata bifurcándose en tu pequeña victoria, trompetas que anuncian el fin de la espera, cuando trágicamente dibujas las manos proclamantes. Clarines en las cuatro esquinas de la balanza de tu universo y caballos de batalla cubiertos por aquello que guarda

la manivela que hará reventar las inundaciones, delante del asombro resguardado por el cataclismo de los golpes de tu corazón. Percusiones en la mano del reverso, donde comienza la incertidumbre de la tierra. Llega el tropel de nubes derrumbadas por el aire cenizo de una melodía jamás tocada, voluminosa y restringida como una avalancha de hierba seca que recorre el desierto, y que dentro de su aceleración confunde el sargazo con el hielo.

Ahora que estas por tierra, conoces los pormenores de las manos que acariciarán tu rostro y te anticipas al aire que las fecunda. ¿Cuánto de riqueza y cuánto de fortuna guardan tus anticipaciones? Tú que eres cuidado por el suelo que sesea lentamente al sol y a la caricia, percibes los himnos que un día aprendiste cuando aún no emergía la ruina de la nieve. Aquel que del silencio hizo el encuentro de la música navega en el sonido de las hojas y construye las sinfonías con los espasmos violentos del polvo y es el hombre que se guarda en la caverna de la esperanza que te fue arrebatada. Canta los himnos y entrégate a la violencia de tu desequilibrio, tus amigos están en la tierra y en el aire, y el rumor de las ciudades que te habitaran descubre la prematura alegría de la huerta. Palpa y escucha el grito de la nieve que volverá del pozo con tu felicidad impronunciable. Tú, el del mirar dismantelado que recorre las costas de las cosas, como quien reconoce la ruptura de la serenidad, escucha el vaivén de tu nave que consuela todos los himnos del mundo y acaricia la esfinge del mirar

oblicuo que aterroriza la espesura de tu pensamiento, ve a fructificar con los miedos del hombre, en los días en los que les muestras la tristeza. Ascende aquella inmensa pira y elabora la invención de las ciudades que te recorrerán sin que consigas dar con su procedencia. ¿Cuántos animales tendrás que sacrificar y de cuántos conservarás su nombre? Vendrás con el sueño fatídico de los sacrificios y deambularás por las calles que tú mismo construiste con la luz de la hoguera. Tú fuiste quien escogió esa débil flama para no alterar a tu conciencia, pero en el fondo, tu sangre golpea y no puedes dejar de ser un Hashish. Una cruz es finalmente la equivalencia y siempre fue tiempo de regresar a la violencia. ¿Cuál es la firma primogénita del ser humano y cuál es la señal de la arena que vas a poder construir con la flexibilidad del laurel?

XII

¡Comienza la construcción de los hombres! Comienza el agua y ese gran río. La música enaltece las raíces y enuncia la incredulidad de los dioses porque tienen el conocimiento de su muerte, pero los hombres tendrán tanta esperanza que será inútil mostrarles de antemano el pasaje de su vida. A ti, que fuiste contemplado con el don de la ceguera, solo la furia puede emanciparte y solo la falta de vista puede aconsejarte la oscuridad que debe de imperar cuando alguien se atreviera a exponer tu reino. Traza bien tu simetría y tu atónito lamento y descubre la discriminación de la memoria pues probablemente estos serán los factores que marcaran tu vida si descubrieras las limitaciones de las palabras de los hombres. Todos provenientes de su horror, de su marcada estupidez y de la preciosa rebeldía guardada en su ignorancia. La edificación de los hombres te es extraña, pero fuera de ella sabías reconocer a aquellos que por primera vez llegaron a tu mesa para comer y beber y sentir la nostalgia del futuro. Esta es finalmente la entrada en un mundo raro, la fuga de la imagen, el pedestal donde se levanta el puño de la espada, la espera concedida, el misterioso y arrastrado beso. Este es el cataclismo, las

percusiones de los que se saben condenados sin saber por qué razón morirán, el retumbar de un corazón delante del secreto.

Haz de tu vida la planta del desierto y recuerda tu sentimiento marítimo sin dejarte dominar por los cánticos vacíos que mueven la desgracia. Ya no es aquella isla ni el dorso de aquel funesto animal que te obligó a pensar durante tanto tiempo que habitabas una tierra devastada. ¿Podrás ser el hombre? No conoces ninguno de los tuyos, entonces cae desmesuradamente hasta que seas capaz de bostezar en el abismo, cae atrás de tus ojos y descubre la distancia de una ciudad a otra. Ahora que el incendio permanece se forma el círculo perfecto y brotan las calles y los barrios y otros se reirán de ti durante tu caída sin saber que ascendiste a la pira original, ni que provienes de dolores tan antiguos, tú, el de la arquitectura amarilla, resurgirás todas las madrugadas de tu mutismo y hablarás de las señales e izarás la bandera de los días en que navegaste en ese mar primogénito donde esperabas que tu herida fuera perdonada para que pudieras llegar a tierra firme. Tendrás una pared donde escribir el olvido de las cosas y no reconocerás el puerto de tu partida. Vendrán los nombres de todos los países a tu encuentro y los arrecifes que descansan las fibras de tu corazón. Dime, ¿cuál es tu canción? Tú conoces el sabor de la carne humana y el destierro que fue siempre voluntario, pero ahora cuando el sol llega al punto más alto, sin querer escapa de ti la frase de la ballena blanca y el

gesticular de la tortuga y el rastro oblicuo del agua cuando insiste en dispersar la niebla. Pero aquí te encuentras con minotauros que insisten en tener el comportamiento del hombre y el laberinto es interminable.

There is nothing like home, Hashish...

Habla de las señales y cae mucho más dentro de ti.

En ese sitio donde te fue impuesto el manto y la iluminación, aún se escucha el golpe de los remos contra el agua y la piel del animal se estira con la caída del árbol donde fuiste concebido, y la piel del animal te cubre y te arrastra hacia los días en que huías del volcán a través de los ojos del toro moribundo. Escucha pues, tú que tienes el sabor de la tierra entre los dientes y la rotación del mar en tu génesis, el sonido de la piel y la profundidad del agua cuando agotado, el remo golpea la certeza de la miasma. Tu vasallaje es la estrella que se dispersa con la aceleración de tu búsqueda. Son los tiempos de la esfinge, y todos los puntos altos que alcanzas en la ciudad que inventas, son para gritar a tu vieja conciencia que tú eres el *navigatore*.

Non cé niente come la casa.

Y tu sonrisa cae de soslayo hacia el este...

¿Qué es lo que provoca la corrida histórica de tu carcajada?

Es el tiempo de la esfinge *esiliato*, es lo que te recuerda tu primer homicidio en aquel océano cobrizo donde las tierras que se admiraban no tenían nombre. Es aquí que termina tu mar y comienza tu historia. Ve a las plazas Hashish, los ciegos conocen las simetrías de las ciudades. Atrás de ti tal vez en la cabecera de tu aposento, reconocerás la cuerda y el firme balanceo de la madera. En las ciudades el terror rasgará tu piel cuando se yergan los columpios y escuches el rechinar del péndulo.

¿Cuántos te matarán marinero? ¿En cuántos lugares encendiste la pira en provecho de la civilización? Es el tiempo del cambio atento, conspicua hilaridad. Tú eres aquel que grita en la plaza de las culturas: las mujeres y los niños nunca abandonarán la nave, yo no maté a Jesús Cristo, yo duermo con Juana de Arco y otras veces con Juan. Y después ríes como si te hubieras adelantado a la fortuna, y las lecciones de urbanismo y del buen comportamiento que se debe seguir para convidar a un grupo de palomas a comer de la palma de tu mano, y subes a la fuente y declaras, con la formalidad que exige el momento, que todos tenemos que morir y te diriges a los carros que esperan en la línea del semáforo para intentar venderles tu discurso “hecho a mano” utilizando únicamente los materiales que se encuentran en la naturaleza, y pides lo suficiente para ir a comprar el vino que te devuelva a tu conversación con los pilotos, con astronautas, con argonautas, con audionautas, iconautas y con frases que dejarán de tener

cualquier sentido, y borracho regresas a la fuente y, nuevamente con solemnidad, te levantas con tu botella en lo alto y proclamas: soy en el cielo, soy en el mar, soy en la tierra y en todas las cosas. Fui en el sonido del tambor y en el mirar del toro. Seré la herida que abarcará todo, cuando todo se libere. Fui en el pozo la melodía fúnebre, seré en la fuente la certeza. Soy el marinero, el descubridor, el conquistador y conozco todos los demonios. Sé del deslizar prodigioso de la esperanza.

¡Cae!

Borte bra, men hjmme best.

Borte bra, men hjmme best.

En el fondo, la miasma, las palabras de las gaviotas y tu delicado tacto cuando te abrazas a la Vía Láctea.

En el fondo, los nombres de todos los almirantes, capitanes, grumetes de aquel sitio del cual mucho antes se hablaba de ti. Esta es la ciudadela, procura la ola y en ella le respiración circular, aproxímate a la sombra donde encontrarás descanso para tu queja y el sonido sombrío y festivo de la luz: es así que podrás reconocer las voces y el golpe que se eleva y aprieta.

Este es el puerto, encendieron las señales, la carcajada del astrolabio, la velocidad de la imagen. Lejos quedó tu aldea sobre el abismo del río, y el coro del remolino se aproxima pausadamente. Es tiempo de dirigir las voces de los

infantes con el sigilo perpetuo que acompaña el crecimiento de la hierba. ¡Recuerda tu canción!

No há nada como a casa.

No há nada como a casa.

En el lugar donde cae la sombra, se quiebran tus cabellos y lloras en la búsqueda de tu expresión, pero en cada momento te ves diferente y con cada uno de ellos crecen tus distancias.

Aún son poderosas las islas glaciares que presiden a la inquietud y al respetable vacío. Camina, oscuro arquitecto amarillo, los coros se extienden sobre el sonido esfumado de tus premoniciones, camina y persigue el filamento, la medida que te encierra.

Wagaga ni masaru tokoro ha nai.

Wagaga ni masaru tokoro ha nai.

Surge la vibración de lo inanimado y una débil presencia comienza a levantarse. Dime esas palabras que durante mucho tiempo mantuviste guardadas, dame las rutas que tus remos procuraban, el metal crece en el interior de los animales y el movimiento de sus crines te arrancan tu primer recuerdo.

En el centro de la plaza también gritas que esta es la ola y ríes lejos de ti cuando aplaudes como si recuperaras

parte de tu fisonomía, mientras te deslizas por las escaleras donde se dejan las despedidas y los pañuelos blancos.

Ne jilo man han go sun up da.

Ne jilo man han go sun up da.

Ven ante mí, muéstrame la estatura del coro que se aproxima. Siempre te gustó el sonido de las campanas. Entona el ritmo de los países, entona la melodía de aquel que fue siempre perseguido, de aquel que fue el asesino.

Este es mi antiguo dolor y su saludo es el rostro que fermenta tu rostro desfigurado.

Antes de ti, contigo, después de ti. ¿Puedes escuchar algo que te sea útil? Hay un sepulcro nuevo en el cementerio y la tierra es propicia para la vida. A tu izquierda el aire es sombrío y rastrea por el suelo con el conocimiento de las hierbas, a tu derecha se rasga el sol en las victorias del polvo. Aquí están las voces que te pueblan el doble mirar. Aquí donde la limusina fue grande, se inicia tu incredulidad y destruyes las flores que amamantan los insectos y eres nuevamente el equilibrista de los tiempos que se avecinan y sientes la urgencia de regresar a la plaza y traer la buena nueva. Es nuevamente la peregrinación y sientes que tus piernas tienen una sentencia pasada que aún no saldaste, pero olvidas inmediatamente pues la duda te recuerda el invierno y todo es silencio en la ciudad.

Tú conocías una historia, el bullicio te impide que la recuerdes. Todas las voces de los cielos te obligan a pensar en la saliva de la arañas y en los cafés te rechazan como si estuvieras vestido con la pestilencia. Te duelen los ojos por detrás, sabes que hay otros como tú, ellos recargan los oídos a la tierra para encontrar la ondulación del mar y mientras esto sucede persigues el sonido de las moscas con tus puños imposiblemente cerrados. Te hiciste amarrar a la camilla varias veces, y como estabas borracho, la sirena asalariada no cantó para ti.

Der er intet sted som hjemme.

Der er intet sted som hjemme.

Antes de ti, contigo, después de ti. Aquí se levanta el sonido al compás de las palmas y hay una extraña solidaridad entre los rostros vivos y los rostros muertos.

La necrópolis es mansa y el olor de las flores crece históricamente en el recuerdo y el musgo amordaza el estruendo de la tierra. Estás lleno de números y fuiste sorprendido por cada uno de ellos. Sobre los rostros de los guardianes del recinto, están las expresiones del asesino en la hora del cadalso. Todo lo que prendas aquí será perseguido por su contrario. En el vaivén del sonido de las palmas y el capricho de las vestiduras del ave oscura. Dime Hashish, ¿es verdad que tienes que decir quién eres y qué es lo que te trajo a este lugar? Sobre ese árbol germinó la espada y ja-

más se aproximó a ella el temeroso: procura entonces el libro celestial.

¿Tendrá guardado tu nombre, Hashish?

Esta maldecido por las rutas del té, por las del cacao, y por la plata y por el oro, por el carisma de la sal, por la pasada inexistencia de la fiebre en las celebraciones del incienso. Toma la espada Hashish, sabes que el sonido traspasa el sonido de tu lamento, las manos blancas lavarán tus pies en la inevitable voluptuosidad del pecado y los campos se abrirán dentro del susurro del filamento.

Fue en aquella isla donde descansaste por primera vez y escondieron tus ropas y tu origen, tu orientación, tu lengua. Robaron tu canción y el rastro de tu travesía.

Para regresar el camino tuviste que seguir el aroma de la sangre. Tus hermanos perdieron su corazón sombrío y cultivaron la nieve, los rastros, la explosión de la atmósfera, la polifonía de la pureza. Se levantan todos los días con el tacto de los dioses y dentro de su furioso elemento sostienen tu mundo extraño.

Nunca, escúchame bien.

Nunca...

Jugaste con la nieve es esos días en que el sueño de una niña moribunda levantaba ese puente de agua congelada.

¿Será que en esa niña se esgrime tu culpa?

En la estabilidad de la brújula, haces la lista de los días fúnebres, la necrópolis está vacía, germina tu desasosiego.

El abrazo fraternal, el abrazo filial, los llevas sobre ti con la carencia que guarda la red de tus imposibilidades.

Existe esa región donde brota la sangre dulce, pero ahora estás impedido de escuchar su llamado. Te recargas en el vacío del número más reciente, sobre el perfume de los geranios, de las gardenias, sobre la estatura del alca-traz; y escuchas, lejos de ti, la historia de ese barco que no podía navegar. Sobre los aires se expande el olor del pino y fuera de la muralla la ciudad es nuevamente amarilla. Está contigo lo que fuiste y lo que serás y sientes nostalgia por seres inexistentes. Están por llegar nuevos barcos al puerto, están por construir puentes de metal con filigrana despavorida, están por pintar cuadros con todas las islas que conoces, estás despidiéndote de tu lugar. Está un crucifijo un reloj y una fotografía tirados sobre la calle como si hubieran sido por largo tiempo el juguete de un usuario desconocido. Están los cuartos de los hoteles abandonados y una señora que se viste de muñeca. Los santos cambian el día de su aniversario, los niños tienen todas las muertes en sus sombras, están las formas en tu imaginación y los peces de colores en el gorgojeo de tu oxígeno, están los estantes de Taiwán llenos de libros y un caballo de madera con el cual te mueves entre lo blanco y lo negro. Sin embargo, tú que fuiste desposado de la vista, conoces el lugar más bello que existe en esta nueva tierra y hay quien lo confunda con aquel tajo sobre la alta edad del mar.

¿Quién puede oír a aquellos que tienen ojos?

¿Quién es el escribano que procura tu nombre, Hashish?

Tú que ni siquiera apareces en la estadística del libro de los vivos, tú que no tienes autorización de pisar esta tierra, tú que esnifas los pensamientos más terrenos y te conmueves en espasmos cuando observas a un hombre enfrente de un plato de comida.

Antes de ti, después de ti, contigo. Llamabas por ti después de la posible existencia de la huerta, espiabas la caída del agua sobre cabellos desnudos, fermentabas la tierra. Los hombres procuraban a la misma hora la caída del día anterior, la venida del siguiente. La muerte te ofreció la sensación verdadera y huiste del hombre que es un animal extraño y fluctúa entre su movimiento de dormir hacia afuera y en su movimiento de dormir hacia dentro. Cuando el hombre despierte, apenas será para anunciar su sueño y cuando sueñe conocerá el fruto de su inconstancia.

Dejé crecer mis ojos sobre ti.

Quien duerme camina hacia dentro, el nudo crece y sobre tu pecho germina la canción de cuna nostalgia del agua sin memoria, caricia incolora que cubre el movimiento de los océanos.

Las lenguas que acogen tu entendimiento brillan en la oscuridad.

Antes de ti, después de ti, contigo. Existe una pausa entre las cosas inexorables, el punto que no es tocado por la lluvia, ventanas de tu vida hacia caminos intactos.

Tú que no eres lo que eres, que no sufres lo que sufres, que no matas lo que matas, giras sobre el volante la velocidad de tu suerte y estás harto de una vida inexistente.

Desconfías de la aceleración y eres el agujero de los ruidos ciudadanos. Las puertas a tu alrededor se abren con malas noticias aprisionadas y los conductores de trenes rezan a escondidas por el rabillo del ojo.

Del centro del atlántico se aproxima el grito y tu tristeza es morena y tu nostalgia es la ola que capturó el nenúfar.

¿Quién descansa debajo de la lápida? ¿No eres tú el que usa el nombre de todos los muertos? En la simetría descansa tu cabeza y los que entren en ese recinto contigo cubrirán sus ojos con la oscilación incandescente de la espada. En el interior de la derrota todos los nombres son inexistentes.

Escucha el coro que se balancea sobre la rosa, la explosión es permitida si fuera hacia tus entrañas, escucha el surco del ave de sangre dulce y el exterminio de la caricia anticipada. Fuera de ti está la infidelidad del tacto, los relojes de la plaza marcan la hora en que piensa el homicida y tu humo, Hashish, revolotea en astillas de vidrio sobre la respiración despavorida de tus compañeros. Tu sangre no puede ser diferente, ahora que se invierten las ciudades y el rumor del péndulo pasta sobre presentimientos anti-

guos de minotauros sobre el hilo que persigue la ausencia, sobre el volante que se dirige hacia el precipicio. Gritan las nereidas alborozadas y asumen la responsabilidad de la creación del fuego que se vende a cambio de la ignorancia. En las esquinas de tus vestiduras grita el manto, el lienzo, la mortaja. Grita que somos la hormiga y de la hormiga, la cigarra y el espejo en la esquina del agua que se desgasta y se restituye en el sueño de las tortugas que traían un caparazón con los colores primarios y atrás de la lengua el sabor de todas las semillas. A fin de cuentas, tu mundo extraño vuela sobre el precipicio porque no hay ninguna ciudad de oro, ni cánticos que te impidan recordar el nombre de tu tierra. Encuéntrate en el nudo y en la visibilidad del mirar ajeno, nadie lavará tus pies ni te enseñará a pescar en el tranvía, nadie, ni en el sitio más caluroso de la espera descansará sobre tus sentencias de alfiletero deprimido que mide los intersticios entre la nostalgia y el trabajo.

Tu espiral se mueve sobre tu constancia para adentro, sobre tu constancia para afuera y los trenes avanzan sobre tu silencio y las naves recuperadas se hunden en un viaje interminable. Este es el final del llanto y a oscuras te abres hacia un mundo extraño y a oscuras vas en dirección a tu llamado.

Hermano oscuro de mi oscura voz.
Rasga pues la miasma con tu remo.

UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

Dr. Luis Felipe Guerrero Agripino
Rector General

Dra. Cecilia Ramos Estrada
Secretaria General

Dr. Sergio Antonio Silva Muñoz
Secretario Académico

Dr. Jorge Alberto Romero Hidalgo
Secretario de Gestión y Desarrollo

Dra. Elba Margarita Sánchez Rolón
Titular del Programa Editorial Universitario

UN MUNDO EXTRAÑO
de Oliverio Macías Álvarez
terminó su tratamiento editorial en
noviembre de 2020 en
el Programa Editorial Universitario.
En su composición se utilizó la fuente
tipográfica Minion Pro de 9, 11 y 18
puntos y el cuidado editorial estuvo a cargo
de Martín Eduardo Martínez Granados.